

# Reseña: Memorias en lucha. Recuerdos y silencios en contextos de subordinación y alteridad



Claudia Martínez Aguilar  
Facultad de Historia.  
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo  
clauu.mtza@gmail.com

Concebir al tiempo y al espacio a partir de los recuerdos permite dar memoria al olvido, u olvido a la memoria. Recordar y olvidar son acciones significativas, selectivas y flexibles. Así como estrategias situacionales, instrumentales, políticas, de agencia, de redes, de identificación y exclusión; estrategias de reconocimiento, de defensa, de negociación, de legitimidad, de producción de subjetividades y de imaginarios colectivos.

A lo largo de la historia han coexistido cientos de memorias individuales y colectivas que han sido valoradas en función –muchas veces– de las versiones oficiales del pasado. La conmemoración de ciertos momentos, así como su respectiva borradura, está íntimamente ligada a la pertenencia de los sujetos a colectivos cuya importancia, desde el punto de vista hegemónico, sea prácticamente nula o peligrosa. En ese sentido, *Memorias en lucha. Recuerdos y silencios en contextos de subordinación y alteridad*, permite reconocer la agencia de estos grupos cuyas memorias están condicionadas y amenazadas. De esta manera se pueden “discutir, poner en tensión e invertir sentidos y prácticas que (les) fueron relegando –en tanto agentes, sujetos políticos y sujetos de derecho- de los lugares de enunciación y afecto sentidos como propios” (p. 13).

Dicha obra presenta múltiples facetas de las memorias subordinadas al ser interpretadas como fuente, como práctica política, como compromiso vinculante y como producción de conocimiento. En las anteriores propuestas, expresan las autoras, se retomaron los planteamientos de Vasina para analizar cada uno de los casos citando a la memoria como un puente que permite acceder a las mentalidades de aquellos “sin acceso a la materialidad de lo escrito” (p.17).

De este modo, Ramos, Crespo y Tozzini destacan el uso “pragmático y político del pasado” mediante “prácticas políticas, dispositivos legitimadores del proyecto hegemónico y (. . .) herramientas de agencia”. Así pues, la memoria y el olvido se convierten en un “campo dinámico y una arena de conflicto” (p.19). Reivindicar el uso estratégico de las memorias condicionadas o amenazadas, así como su previa recuperación, es el objetivo de las autoras, que enlazan las distintas luchas llevadas a cabo como proyectos de recuperación por los grupos subalternizados y alterizados.

El trabajo etnográfico de las investigadoras muestra a la memoria como una estrategia de construcción y legitimación de identidades. Mismas que llevan a cabo una performance donde se encuentran trayectorias a partir del recuerdo de ciertos eventos que remontan a un lugar de apego. La identificación o desidentificación, dicen las autoras, es un proceso que remite a la experiencia, y a las prácticas discursivas que afirman los constantes procesos de invención y surgimiento que dan forma a las identidades –en este caso– de los grupos en lucha.

Respecto a la memoria de los grupos subalternos, señalan, esta tiene una turbulenta y a veces limitada difusión que complica el paso del silencio a la contestación y a la reivindicación. En ese sentido, las memorias son transmitidas de manera directa a partir de los grupos de pertenencia. Así pues, se recuerda o se olvida a partir de las identificaciones y adscripciones a círculos sociales, así como en función de las experiencias vividas.

De acuerdo con Ramos, Crespo y Tozzini “los capítulos coinciden al considerar la hegemonía epistémica como una banalización, silenciamiento o fragmentación de la memoria desplazada generalmente por eventos de violencia que para volver a ser entramada, necesitan trabajar con índices, imágenes, materiales, expresiones del arte verbal, silencios y relatos heredados sin conexión aparente entre sí” (p.35).

Ana María Ramos relata la configuración de los procesos de memoria en la comunidad mapuche de Cushamen, provincia de Chubut, rastreando la formación de identidades que a partir de las narraciones dan sentido a una historia y a un presente. Destaca también la importancia de los rituales para la reconstrucción de la memoria conocimiento y de la subjetividad memoria, que fundamentan y legitiman la agencia de los subalternos.

Por su parte, Valentina Stella destaca cómo la memoria indígena, tras ser definida, da paso a la defensa de su territorio en la costa y el valle de Chubut. Stella puntualiza que el lugar en cuestión no sólo conecta al grupo con el pasado y transmite marcos de interpretación mediante eventos comunicativos, sino que es un espacio de sociabilidad cuyos usos performativos y afectivos

crean vínculos de pertenencia. En consecuencia, describe a las rogativas mapuche como lugares políticos de la memoria.

Posteriormente, la memoria en un contexto de conflicto político es analizada por María Emilia Sabatella, quien relata cómo los mapuches se rebelan contra un proyecto político. Describe, además, cómo los recuerdos son usados estratégicamente para legitimar su disputa y defender su territorio al des-identificarse con los discursos oficiales que respaldan los planes de los grupos hegemónicos. Analiza, también, la organización de las comunidades para luchar contra la desigualdad y la transmisión de la memoria mapuche que a partir de “recordar” pretende salvaguardar, restaurar y evidenciar su pasado.

En otro apartado, Mariela Eva Rodríguez, Celina San Martín y Fabiana Nahuelquir analizan cómo es transmitida la memoria mapuche y tehuelche a partir de imágenes, silencios y borraduras en 3 eventos etnográficos. Las autoras identifican los dispositivos que “obligaron a los pueblos indígenas de la Patagonia sur a ocupar lugares de subalteridad” (p.111). Este enfoque muestra cómo la memoria indígena da paso a reflexiones, problematizaciones y posibles soluciones. Es decir, hay “usos estratégicos, afectivos y políticos que las personas mapuche y tehueleche” (p.38) realizan de los silencios y de las desconexiones en la historia.

La auto-representación y la lucha política de grupos subalternos basadas en memorias es la aportación de Mariana Lorenzetti, Lucrecia Petit y Lea Geler, cuyas fuentes principales son un registro filmico, una obra teatral y un cortometraje que muestran elementos visuales a partir de materializaciones estético-políticas. Aquellas producciones pretenden llenar los vacíos a través de reconstrucciones de las imágenes del pasado que dieron paso a las subarternizaciones y alterizaciones de ciertos colectivos.

Lorena Cañuqueo expone cómo mediante las “memorias sociales, (. . .) los mapuche construyen lugares de apego e instalaciones estratégicas” (p.184). Detalla que el paraje o lugar de apego es una forma de territorializar, conectar y recordar. Del mismo modo, el texto hace visible la manera en la que las trayectorias sociales y sus capacidades denuncian la desigualdad.

Por su parte, Carolina Crespo y María Alma Tozzini aportan una investigación sobre cómo la memoria es espacialmente localizada y temporalmente operada en forma diferencial por parte de sectores de lucha por la hegemonía, para así mostrar cómo esta se instrumentaliza al conceptualizar ,no sólo las configuraciones geográficas, sino también las consecuentes confrontaciones y consecuencias políticas.

Su investigación se sitúa en un escenario en el que la “argentinización de las localidades” (p. 164), desencadenó una nueva territorialización asociada

a la lucha de permanencia por parte de las comunidades. La acción social, afirman las autoras, significó la alteración de discursos y de prácticas en contextos espaciales y temporales en los que las tensiones y luchas fueron instrumentos políticos contra la dominación. Así, Crespo y Tozzini, muestran la forma en la que las memorias, los silencios y los olvidos se confrontan en los procesos de territorialización.

Las ruinas ferroviarias de Buenos Aires son propuestas como archivo en el capítulo escrito por Stephanie McCallum, para quien las memorias son contenidas en los vestigios materiales, y pueden ser fuentes para la investigación y reconstrucción del pasado de los espacios, de los grupos, de proyectos, de instituciones, y de individuos.

Connerton es citado por Brígida Barza, quien retoma las memorias personales, las memorias cognitivas y las memorias hábitos para “comprender los procesos de recuerdos, olvidos y silencios en migrantes limítrofes quechuas de Cochabamba” (p.224). La autora describe cómo se lleva a cabo la transmisión de las anteriores memorias en contextos hospitalarios en los que su conocimiento tradicional da lugar a un trato discriminatorio.

Una vez descritos brevemente los capítulos de Memorias en lucha. Recuerdos y silencios en contextos de subordinación y alteridad, puede concluirse que esta obra cumple y supera su cometido: visibilizar y dar voz a los grupos excluidos por la hegemonía. Logra también denunciar la manera en la que los proyectos, las políticas, las ideologías, las costumbres, las tradiciones y los imaginarios han sido claves para la reconstrucción y la permanencia de una memoria que ha dado continuidad a las prácticas discriminatorias hacia ciertos sectores. Muestra, además, la manera en la que estos grupos afectados, a la par, han acudido al ejercicio de recordar para no sólo crear una memoria respecto a su identidad subalternizada o alterizada, sino para dar sentido a sus prácticas como grupo, y para legitimar y fundamentar su agencia.

## BIBLIOGRAFÍA

Ramos, Ana, Carolina Crespo y María Tozzini (coordinadoras). Memorias en lucha. Recuerdos y silencios en contextos de subordinación y alteridad. Argentina: Universidad Nacional de Río Negro, 2016.

Fecha de recepción 01 de octubre 2019

Fecha de aceptación 06 de mayo 2020